

Sociedad civil y región, una perspectiva

Jorge Fuentes Morua

...A muchas poblaciones de este tipo de ciudades se les puede aplicar el refrán popular: cuando un caballo caga cien gorriones se alimentan.

A. Gramsci, *Americanismo y fordismo*

1. No obstante, las regiones existen

Durante largo tiempo, la problemática regional fue excluida del examen analítico por importantes investigadores especializados en temas urbanos. La investigación regional fue vista con cierta desconfianza, en tanto resultaba sospechosa de promover eventuales regionalismos anacrónicos. El desarrollo capitalista fue observado por una mirada estructuralista para la que el peso de la homogeneidad se imponía sobre los particularismos, las regiones y las localidades.¹ Por otra parte, el socialismo realmente existente había logrado borrar todas las diferencias que daban lugar a las regiones antiguas, al menos esa era la verdad oficial, ya que la represión y la propaganda habían logrado sofocar las numerosas tendencias regionales.² La problemática en cuestión, como se sabe, no se redujo a un asunto meramente académico. En

¹ La lectura del libro principal de Castells no revela un tratamiento sistemático y conciso (teórico) sobre la problemática regional; dicha cuestión aparece de manera secundaria y no logra identificar cabalmente el peso real y la trascendencia de esta problemática. Por su parte, Pradilla, crítico notable de Castells, deja de lado este aspecto al enjuiciar la obra principal del urbanista hispano-francés. Cfr. M. Castells, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 1985; E. Pradilla C., *Contribución a la crítica de la "Teoría urbana", del "espacio" a la "crisis urbana"*, México, UAM-X, 1984.

² Los reportajes de Semo sobre la Unión Soviética reúnen numerosas observaciones sobre el significado político y social de las diferencias nacionales y regionales en lo que fue la Unión Soviética. Cfr. E. Semo, *Crónica del derrumbe*, México, Grijalbo, 1991. R. Luxemburgo advirtió sobre el problema complejo que debería resolver la Revolución rusa: múltiples pueblos, razas y regiones. Cfr. R. Luxemburgo, "El problema de los cien pueblos", en *Rosa Luxemburgo, Escritos Políticos I*, México, Era, 1978.

efecto, durante largos años se ha podido observar cómo las políticas de desarrollo y planificación se han caracterizado por conceder un lugar secundario a los intereses y a las demandas de aquellas localidades, que de una o de otra manera expresan rasgos de unidades espaciales, territoriales, económicas y culturales, que bien pueden definirse como regiones.

No obstante el afán de teóricos y políticos decididos a desvanecer el peso de las formaciones regionales, éstas han manifestado su existencia con vigor creciente, obligando a los científicos y a los políticos a volver su mirada hacia las relaciones complejas que se articulan para dar lugar a las formaciones regionales: espaciales, culturales, políticas y nacionales. Estas actualmente reclaman derechos y atribuciones que, de una u otra manera, les habían sido arrancados o que, en razón de las nuevas características del desarrollo espacial reciente, hacen de los nuevos ámbitos abiertos a la industrialización, escenarios perfectamente recortados y diferenciados del resto de la nación. En ocasión de la reciente eclosión regionalizadora, conviene señalar algunas de las fuerzas que imprimen sentido y orientación al reciente proceso de reorganización del espacio y del territorio, considerados éstos tanto desde la perspectiva nacional, como desde la internacional, sobre todo a raíz de la consolidación de ciertos espacios binacionales, principalmente en zonas limítrofes o fronterizas.³

2. Inesperada reactivación de las prácticas regionalizadoras

Recientemente se ha revitalizado la discusión, así como la práctica política y social que coloca, como piedra angular de su reflexión, a la problemática regional. Con la caída del socialismo real en Europa Oriental y en la antigua Unión Soviética, hoy podemos advertir cómo renacen añejas luchas nacionales que en algunos casos remiten a Estados minúsculos que, no obstante sus dimensiones, reclaman autonomía econó-

³ A. Bassols, B., et al., *El desarrollo regional en México: teoría y práctica*, IIE, UNAM, 1992; A. Bassols B., *La lucha por el espacio social*, México, UNAM, 1986. A Castellanos, *Ciudad Juárez. La vida fronteriza*, México, Ed. Nuestro Siglo, 1984. M.P. Fernández Kelly, "Mujeres y maquiladoras en Ciudad Juárez", en *Cuadernos Políticos* (en lo sucesivo *C.P.*), núm. 40, México, Era, 1984. J. Fuentes Morua, "Historia y política en la frontera: Chihuahua, Texas y Nuevo México", en *Iztapalapa*, núm. 26, UAM-I, 1992; "¿Dónde está la frontera?", en *Polis 91*, UAM-I, 1991. T. Miller, *En la frontera*, México, Alianza Editorial, 1991. A. Salas Porras S. (coord.), *Nuestra frontera norte* ("...tan cerca de los EU"), México, Ed. Nuestro Tiempo, 1989. J.E. Sánchez, *Espacio, economía y sociedad*, Madrid, Siglo XXI, 1991. M. Storper/R. Walker, "La división espacial del trabajo", en *C.P.*, núm. 38, 1983.

mica, política, lingüística, cultural, etc. Tal es el caso de las Repúblicas Bálticas o la lucha suscitada entre armenios (cristianos) y pueblos musulmanes. Por su parte, las tendencias radicales del Islam intentan conformar una vasta región transcontinental desde Afganistán hasta el Maghreb, cohesionada inicialmente por dos grandes elementos estructuradores, uno de carácter religioso-cultural, otro de índole económica: el Islam y el petróleo. En Europa hoy se advierte el resurgimiento de toda una franja de países pobres concentrados en Europa Oriental; Alemania tiene su mediodía en la porción territorial que correspondió en su momento a la República Democrática Alemana, convertida ahora en una región subdesarrollada.⁴ En tanto, en América se observa el agudizamiento de la polarización económica, política y social entre América del Norte (Estados Unidos y Canadá) y América Latina. En algunos países latinoamericanos se advierten movimientos claramente regionales, por ejemplo: en el Perú, la influencia política creciente de las regiones andinas en el resto del país.⁵

En México, a lo largo de la década de los años ochenta, se observó un evidente ascenso de movimientos regionales que por una u otra vía se oponen a la forma en que ha venido operando un sistema de dominación política y económica, que privilegia el funcionamiento de un centralismo cada vez más costoso. Algunas luchas municipales, y otras regionales, dan muestra clara de la búsqueda de alternativas que presentan las localidades para lograr una gestión de los recursos políticos y económicos, capaz de dar cuenta de las nuevas necesidades surgidas a causa del acelerado proceso de urbanización observable en los últimos años. Dicho proceso es inseparable de las tendencias industrializadoras contemporáneas que han contribuido a reanimar añejos regionalismos redimensionados, actualmente, en función de la nueva problemática planteada por la situación contemporánea.⁶

⁴ E. Semo, *op. cit.* A.M. Mergier, "Año y medio después, Alemania sigue desunificada", en *Proceso*, núm. 803, México.

⁵ S. Martínez, "Sendero Luminoso, al ataque desde la base, se lanza contra funcionarios menores", en *Proceso*, núm. 800, 1992. J. Castañeda, "Los senderos del Perú", en *Proceso*, núm. 807, 1992.

⁶ La investigación social contemporánea, historia, política, sociología, economía, etc., ha puesto atención en el estudio de los procesos regionales y locales; sin duda esto significa un avance favorable para el conocimiento de las tendencias existentes en el desarrollo social. Para sólo mencionar algunas referencias bibliográficas interesantes: C. Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico*, México, Ed. Nueva Imagen, 1983. J.M. Hart, *El México revolucionario*, cap. III, "La pequeña burguesía y la élite provinciana", cap. VIII, "Crisis de las élites y movilización de las masas: 1910-1914", México, Alianza Editorial Mexicana, 1990. El estudio de Wasserman constituye un trabajo notable de historia regional, M. Wasserman, *Capitalistas, caciques y Revolución: La familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911*, México, Grijalbo, 1984. Barra y Rubio proponen sus

3. La dimensión internacional y su vinculación con pueblos, regiones y naciones

La reactivación de la práctica regionalizadora ha propiciado un replanteamiento para los investigadores y especialistas, quienes desde la perspectiva de los grandes paradigmas teóricos deben explicar los nuevos hechos que ponen en la mesa de discusión cuestiones aparentemente superadas. Se ha difundido, no siempre de manera desinteresada, la idea según la cual, para el pensamiento marxista, la cuestión

estudios sobre el movimiento campesino a partir de una demarcación regional, mediante la cual plantean los rasgos y peculiaridades de las organizaciones regionales campesinas, A. Bartra, *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México. 1920-1980*, México, Era, 1985 y B. Rubio, *Resistencia campesina y explotación rural en México*, México, Era, 1987. Por su parte, Díaz-Polanco examina el proceso de formación de una burguesía regional; Astorga expone la conformación contemporánea del mercado de trabajo actual, en función de la penetración capitalista, H. Díaz-Polanco, *Formación regional y burguesía agraria en México*, México, Era, 1982; E. Astorga Lira, *Mercado de trabajo rural en México. La mercancía humana*, México, Era, 1985. C.P. publicó, a lo largo de su existencia, estudios a través de los cuales puede percibirse el contenido regional de numerosos movimientos políticos, agrarios y urbanos: V. Orozco, "Las luchas populares en Chihuahua", núm. 9, 1976; J. Tutino, "Rebelión indígena en Tehuantepec", núm. 29, 1980; D. Barrera B., "Tijuana: mito y realidad", núm. 26, 1980; M. Cerutti, "Arqueología del Grupo Monterrey", núm. 33, 1982; M.A. Rascón/P. Ruiz, "Chihuahua: la disputa por la dependencia", núm. 47, 1986; J. Hernández, "Un año después: Michoacán", núm. 57, 1989; J. Hernández, "Las elecciones del 2 de julio en Michoacán" (segunda parte), núm. 58, 1989. J. Castillo (coord.), *Los movimientos en Puebla*, t. 1 y t. 2, Puebla, DIAU-ICUAP, 1986. Recientes movimientos sociales pueden ser comprendidos a partir de la combinación diferenciada en la sociedad civil de tradiciones étnicas, culturales, religiosas e históricas: cfr. J.M. Ramírez S., *El movimiento urbano popular en México*, México, Siglo XXI, 1986. A. López M., *La lucha por los ayuntamientos: una utopía viable*, México, Siglo XXI, 1986. M.C. Mejía/S. Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI, 1987. Díaz-Polanco, *Autonomía regional, la autodeterminación de los pueblos indígenas*, México, Siglo XXI, 1991. Resulta iluminador observar las luchas electorales recientes vinculándolas con antiguos movimientos regionales. Cfr. "Presente y futuro electoral", *Nueva Antropología*, núm. 25, México, 1984. C. Martínez A. (coord.), *Municipios en conflicto*, GV-IISUNAM, 1985. J. Padúa N./A. Vanneph (comp.), *Poder local, poder regional*, México, COLMEX-CEMCA, 1986. M.J. Bailón/S. Zermeño, "Juchitán: límites de una experiencia democrática", en *Cuadernos de Investigación Social*, núm. 15, IISUNAM, 1987. C. Martínez A./A. Ziccardi, "Política y gestión municipal en México", en *Cuadernos de Investigación Social*, núm. 18, IISUNAM, 1988. Revista *Ciudades*, núm. 2, "Democracia y poder local", Puebla, Pue., 1989. A. Asis N., "Chihuahua y los límites de la democracia electoral", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1987. J. Fuentes Morua, "Los problemas fronterizos y las elecciones en Chihuahua: 1983-1986", en *Iztapalapa*, núm. 15, 1988 y "Sobre la materialización histórico-social en el proceso electoral: Ciudad Juárez, 1988", en *Iztapalapa*, núm. 21, 1990. T. Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad*, San Luis Potosí, 1986. M.A. Granados Chapa, *Nava sí, Zapata no*, México, Ed. Grijalbo, 1992. Este recuento bibliográfico proporciona lecturas básicas; éstas contienen elementos que permiten configurar el planteamiento según el cual la movilidad, las transformaciones, la refuncionalización permanente de las regiones, obedecen a la relación conflictiva entre sociedad civil y estructuras gubernamentales (sociedad política); en razón de lo anterior, es conveniente incluir esta bibliografía.

regional tiene escasa importancia. En relación con este aserto, vale la pena recordar que es necesario distinguir los siguientes niveles de análisis, mediante los cuales es posible valorar la aportación de los pensadores influidos por la producción teórica marxista que, de una u otra manera, se han ocupado de lo que podría configurar una metodología útil para la comprensión de la problemática regional. Las corrientes de pensamiento y los teóricos que a continuación se mencionan no pretenden tener un carácter exhaustivo en manera alguna, tan sólo persigue presentar una aproximación a los principales aspectos del debate en cuestión:

1. Marx fue influido por la filosofía de la historia hegeliana, de ahí que al examinar la condición económica y social de los pueblos del mundo, siguió la división territorial trazada por Hegel, quien a su vez la había formulado a partir de la impresionante masa de documentos elaborada por misioneros, exploradores y cartógrafos, a lo largo de tres siglos de inusitada investigación geográfica. No obstante Marx, a diferencia de Hegel, planteó un principio heurístico radicalmente distinto al del filósofo, al considerar el desarrollo capitalista como la fuerza esencial, tanto para la desarticulación como para la reorganización de las grandes transformaciones territoriales de la época.

Por su parte, Engels expuso interesantes análisis sobre transformaciones geopolíticas relevantes en su época, por ejemplo: las modificaciones ocurridas en Gran Bretaña a raíz del acelerado proceso de industrialización, la expansión del capitalismo norteamericano y sus efectos en América Latina y la unificación de Alemania y el establecimiento de la nación germana. Además Engels, asociado con Marx, escribió importantes análisis sobre los cambios que ocurrían en el imperio ruso, debido a la modificación del régimen de propiedad territorial. Para estos autores, las regiones, las naciones y los pueblos no están definidos de forma acabada e inmutable, sino que están sujetos a los cambios originados en el constante movimiento de las relaciones económicas y sociales. El impulso capitalista se da sobre bases objetivas: la tierra y los hombres. La reunión de estos elementos ocasiona la formación de unidades territoriales; éstas fundamentan la existencia de la producción y reproducción de la vida, las clases sociales, las formas de gobierno, así como la organización de la vida urbana y de la vida agraria, sirviendo como punto de arranque para el establecimiento de formaciones estatales y nacionales.⁷

⁷ G.W.F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974. M. Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, México, Siglo XXI, 1975. K. Marx/F. Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, PyP, núm. 30, México,

2. La importancia de la II Internacional Socialista ha sido más grande de lo que pudiera suponerse. Dicha relevancia se debe a dos cuestiones esenciales: en primer lugar, es conveniente reconocer que la actual Internacional Socialista deriva de los planteamientos más importantes de Berstein y otros socialdemócratas notables. En segundo lugar, y vinculado con la cuestión que aquí se analiza, debe reconocerse que los revolucionarios que abrieron paso a la Revolución de Octubre provenían de la matriz ideológica conformada por la II Internacional. Como se sabe, la II Internacional tuvo un desarrollo prolífico en Alemania, Europa Central y en el Imperio Ruso. Tanto Austria-Hungría y como Rusia se habían conformado a partir de la subordinación de numerosos territorios habitados por pueblos diversos con niveles de desarrollo económico y social muy heterogéneo. En razón de lo anterior, tanto el Imperio Austrohúngaro como el Imperio Ruso fueron sacudidos frecuentemente por movimientos nacionalistas dotados de contenidos que bien pueden definirse como regionalistas: lucha en defensa de la autonomía territorial, reclamos por la libertad política, lingüística, cultural y, por supuesto, encendidas reivindicaciones orientadas a la recuperación de la riqueza de la que eran despojados por las capitales imperiales. Esta coyuntura histórica propició que al interior de la II Internacional se diera un amplio debate sobre la cuestión nacional. En esta discusión tuvo un papel central el análisis de la forma irregular que caracterizaba al desarrollo capitalista. El desenvolvimiento de relaciones sociales heterogéneas fue analizado a través de la comparación del desarrollo desigual de distintas unidades territoriales que, a pesar de sus diferencias, permanecían articuladas, mediante la intervención de un poder político centralizador, que lograba combinar las regiones diferentes en beneficio de la permanencia del poder imperial centralizador. Por ello, los revolucionarios que inicialmente fueron socialdemócratas —Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Bauer— debieron examinar la cuestión regional desde la perspectiva de los pueblos oprimidos, ya que

1980; *Sobre el colonialismo*, PyP, núm. 37, México, 1979; *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, PyP, núm. 69, México, 1980; *Imperio y colonia, escritos sobre Irlanda*, PyP, núm. 72, México, 1979; *Escritos sobre Rusia. I. Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVIII*, PyP, núm. 87 México, 1980; *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, PyP, núm. 90, México, 1980; *La Guerra Civil en los Estados Unidos*, Ed. Roca, núms. 31 y 32, México, 1973. F. Engels, *El papel de la violencia en la historia*, México, Ed. Hadise, 1971. S.F. Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975. J. Fuentes Morúa, *Marx-Engels, crítica al despotismo urbano: 1839-1846*, México, UAM-I, 1991. L. Mármora, *El concepto socialista de la nación*, PyP, núm. 96, México, 1986. R. Rosdolsky, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*, PyP, núm. 88, México, 1980.

tanto el proyecto de la revolución democrático burguesa, como el de la revolución socialista, enfrentaron necesariamente la problemática que presentaba la enorme disparidad existente entre las regiones atrasadas y aquéllas donde el capitalismo había logrado implantarse. El proceso de articulación entre el atraso y desarrollo nunca ha sido idílico, ya que siempre ha generado una intensa lucha política entre las nuevas formas de dominación y quienes han sido despojados de sus poderes. De ahí que para la conformación del bloque revolucionario era indispensable contar con aquellos pueblos y nacionalidades que, de una u otra manera, se habían resistido a la subyugación imperialista.⁸

3. La Internacional Comunista debió enfrentar problemas similares a los que había conocido la socialdemocracia. Sin embargo, la problemática de la diversidad de las regiones, tanto al interior de las naciones, así como a nivel mundial, debió ser enfrentada con mayor interés por los integrantes de la II Internacional, en tanto que para esta organización, al menos en su etapa inicial, la revolución mundial aparecía como un objetivo inexorable. Los internacionalistas debieron plantearse tareas revolucionarias en todos los continentes y en todas las regiones de los continentes. Esto planteó dificultades complejas, en tanto la contradicción entre desarrollo y atraso, entre regiones industrializadas y regiones agrarias, debía ser resuelta mediante la consolidación de dos fases: en un primer momento era indispensable resolver las tareas nacionales y simultáneamente intervenir en el proceso internacional. Para los teóricos y políticos⁹ de la III Internacional, los factores que permiten

⁸ La socialdemocracia europea se ocupó del estudio de la compleja articulación de pueblos, nacionalidades y regiones que constituían la realidad europea. De nueva cuenta, estos estudios adquieren relevancia, pues desde España hasta Ucrania y Rusia, hoy se advierte el renacimiento y los conflictos étnicos, culturales y regionales. Además la socialdemocracia también examinó las contradicciones entre los países atrasados y las naciones industrializadas. A propósito de esta vasta producción, pueden verse, entre otros numerosos trabajos, los siguientes: *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, primera y segunda partes, PyP, núm. 73 y núm. 74, respectivamente, México, 1978. O. Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, 1983. B. Borojov, *Nacionalismo y lucha de clases (1905-1917)*, PyP, núm. 83, México, 1979. V.I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ed. Salvador Allende. R. Luxemburgo, "Nacionalismo y socialismo", en *R. Luxemburgo, Escritos Políticos II*, México, Era, 1981; *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos sobre el problema nacional*, PyP, núm. 71, México, 1979. En la obra, *Historia del marxismo*, coordinada por E.J. Hobsbawm, pueden localizarse los trabajos siguientes: O. Negt, "R. Luxemburgo y la renovación del marxismo", t. 4, Barcelona, Bruguera, 1980; M.L. Salvadori, "La socialdemocracia alemana y la revolución rusa de 1905. El debate sobre la huelga de masas y sobre las 'diferencias' entre Oriente y Occidente", t. 5, Barcelona, Bruguera, 1981; R. Gallissot, "La nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero"; F. Andreucci, "La cuestión colonial y el imperialismo", t. 6, Barcelona, Bruguera, 1981.

⁹ L. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, v. I, México, J. Pablos Ed., 1972. V.I. Lenin, *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, Moscú, Ed. Progreso. Pueden revisarse con provecho

interpretar las diferencias ocasionadas por el paso del avance desigual de las nuevas relaciones sociales de producción son los siguientes:

3.1. Las características de la implantación capitalista, según se trate de la penetración en la agricultura, la industria o el comercio. Dicha distinción tiene su importancia, pues de ahí deriva la explicación sobre la constitución de las clases sociales.

3.2. Las peculiaridades del lugar donde la penetración capitalista se hacía presente. En este renglón consideraron aspectos propios de la geografía física, pero sobre todo aquéllos relacionados con la historia política y social de la región, así como las tradiciones de lucha y resistencia que los lugareños habían acumulado al paso de los años.

3.3. No obstante, el mecanicismo y economicismo que caracterizaron la mayor parte de la vida de la III Internacional, surgieron algunos representantes de una perspectiva crítica y mucho más abierta. Estos internacionalistas provenían de regiones atrasadas; probablemente esta circunstancia personal les dotó de cierta capacidad para descubrir el conjunto de mediaciones sociales que intervienen para mantener la cohesión de cualquier unidad territorial. Ciertamente, ellos reconocieron el peso inexorable que imprimen las relaciones capitalistas a las unidades territoriales, pero también pudieron percibir cómo, para la reproducción de las nuevas relaciones, éstas deben entrelazarse con otras manifestaciones de la vida social, preexistentes al establecimiento de la nueva producción capitalista. En los escritos de Mariátegui, se percibe claramente cómo, para este político, el cabal cumplimiento de las tareas revolucionarias en el Perú exigen reconocer la necesidad de asimilar las prácticas sociales autóctonas, tanto en el terreno de la política como en el de la organización de la cultura, y de la economía. Sin duda, Mariátegui se enfrentó a la enorme dificultad que significaba proponer una estrategia revolucionaria anticapitalista en una sociedad donde los vínculos capitalistas aún no lograban implantarse cabalmente. Esta circunstancia le permitió advertir la heterogeneidad de la sociedad peruana, dándose a la tarea de proponer una regionalización del

las memorias de los congresos de la Internacional Comunista: Congreso Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera y segunda partes*, PyP, núms. 43 y 47, México, 1981 y Buenos Aires, 1973; *V Congreso de la Internacional Comunista. Primera y segunda partes*, PyP, núms. 55 y 56, Buenos Aires, 1975; *VI Congreso de la Internacional Comunista. Primera y segunda partes*, PyP, núms. 66 y 67, México, 1977 y 1978. *VII Congreso de la Internacional Comunista*, PyP, núm. 76, México, 1984. Investigadores contemporáneos han tratado la problemática en cuestión, a propósito de la Internacional Comunista, véase en *Historia del marxismo*, ya cit., las investigaciones siguientes: B. Knei-Paz, "Trotsky: revolución permanente y revolución del atraso", t. 7, Barcelona, Bruguera, 1983; F. Rizzi, "La Internacional Comunista y la cuestión campesina", t. 8, Barcelona, Bruguera, 1983.

país. En sus escritos, dicha segmentación aparece como un momento necesario para el desarrollo de la práctica política. Gramsci, contemporáneo de Mariátegui, vivió su experiencia política al interior de la socialdemocracia y luego en el seno de la Internacional Comunista. Sin duda, esto le permitió interpretar con agudeza notable las características políticas, económicas y sociales italianas. Puede afirmarse que Gramsci propuso una regionalización de la península, teniendo como eje esencial la estructura clasista de la sociedad; en consecuencia, la actividad política aparece como el eje interpretativo mediante el cual se establecen las diferencias que corresponden a cada una de las regiones. Para levantar su argumentación de la política en conexión con la problemática, Gramsci reconoció una gran cantidad de elementos provenientes de la actividad cultural: historia política de las localidades, niveles de escolaridad, características de la vida religiosa, peculiaridades lingüísticas, poder e influencia de la actividad intelectual y, por supuesto, el grado de conciencia política existente entre trabajadores, obreros, campesinos y clases dirigentes. La riqueza metodológica contenida en los escritos gramscianos resulta de gran utilidad para la investigación regional, particularmente aquella que centra su atención en cuestiones políticas y culturales.¹⁰

4. En México y en América Latina también es posible localizar propuestas para la investigación regional, cuya armazón teórica proviene del pensamiento marxista. Esta orientación ha alcanzado importantes avances; sin embargo, parece ser que no logra consolidar un equilibrio explicativo adecuado entre las determinaciones de orden económico y aquellas que corresponden a la actividad política, ideológica y cultural. La principal aportación de estas perspectivas consiste en presentar la problemática regional como un proceso histórico, como un complejo articulado de relaciones en movimiento permanente que implica todos los niveles de la actividad humana, sin descuidar aquellos aspectos que provienen de la misma determinación geográfica natural (geografía física). Dichos niveles de acción humana encuentran su eje explicativo en las transformaciones de orden económico; esto significa actualmente el conocimiento del impacto que tiene el proceso de industrialización.

¹⁰ Véase J.C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Era, 1979. Fuentes Morua ha explorado los planteamientos que sobre la cuestión regional se advierten en la obra temprana de Gramsci: J. Fuentes Morua, *Política y región en A. Gramsci, 1911-1926*, México, UAM-I, 1989. A pesar de que en este trabajo se recurre insistentemente a los escritos gramscianos, conocidos como *Cuadernos de la Cárcel*, es conveniente realizar una investigación específica que se ocupe de la forma cómo en estos escritos Gramsci abordó la problemática nacional, colonial y regional.

No obstante, conviene reconocer cierto déficit en el conocimiento preciso de las relaciones y derivaciones existentes entre los cambios originados por las transformaciones industrializadoras y el ancho mundo de la subjetividad social. Precisar esta interrelación dotará a las perspectivas marxistas contemporáneas de un aparato metodológico cuyos recursos interpretativos le permiten proporcionar una explicación más sólida y consistente de los procesos de regionalización en curso. Para avanzar en la reorganización de la investigación regional, resulta de gran utilidad la relectura de la obra de Gramsci, en tanto que ésta contiene orientación metodológica relevante que podrá enriquecer las propuestas de análisis que desde la perspectiva marxista se han venido desarrollando recientemente.¹¹

4. La violenta disipación de la sociedad civil

El hilo conductor que permite la comprensión del pensamiento político de Gramsci puede localizarse en el trazo nítido mediante el cual disecionó la sociedad civil y la sociedad política, Estado o gobierno. Por medio de este corte gnoseológico, Gramsci explicó las funciones, el contenido y, en suma, el significado histórico y conceptual de estas categorías explicativas, de lo que constituyó la preocupación esencial tanto de su vida como de su teorización: la política. En efecto, sus reflexiones teóricas y metodológicas, sus análisis históricos y coyunturales, así como sus iniciativas políticas, reposan en la bipolaridad conceptual intersustentante, sociedad política-sociedad civil. La esfera que corresponde a la sociedad política remite esencialmente a la centralización que caracteriza al poder político, a sus instituciones y, en general, a todas aquellas prácticas que en lo sustancial corresponden al gobierno y al Estado, considerados en sentido estricto.¹² En tanto, la sociedad civil implica al conjunto de mediaciones sociales que tienen por función la producción y la reproducción de la vida material, prácticas económicas, técnicas laborales, mercantiles y el conjunto de

¹¹ Enfoques marxistas sobre la cuestión regional, pueden localizarse en: A. Bassols B., nota 3 supra. F. de Oliveira, *Elegía para una re(l)igión*, México, FCE, 1982. En el trabajo *Nuevas tendencias en el análisis regional*, véase D. Massey, "Las regiones y la geografía", E. Pradilla C., "Notas sobre la cuestión regional en América Latina", B. Ramírez, "Lo internacional y lo regional", en B. Ramírez (comp.), *Nuevas tendencias en el análisis regional*, México, UAM-X, 1992.

¹² Cfr. C. Bucí-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, México, Siglo XXI, 1978. El principal aporte de este libro consiste en explicar la importancia que tiene analizar el Estado en sentido estricto y en sentido ampliado.

mediaciones indispensables para la organización del trabajo. Gramsci avanzó notablemente al profundizar y enriquecer el concepto de sociedad civil, al insistir en las características de las conexiones que permiten el desenvolvimiento y la fluidez de las prácticas y de las instituciones económicas. Con este planteamiento profundizó en la tarea politizadora del concepto de sociedad civil que previamente había iniciado Marx. Ciertamente, el esfuerzo gramsciano siguió las huellas dejadas por la crítica de Marx al concepto de sociedad civil expuesto por Hegel. La crítica marxiana señaló el influjo ejercido por el aparato productivo socialmente considerado, sobre las instituciones ideológicas, políticas y jurídicas.

Por su parte, Gramsci mostró el conjunto de instituciones que al interior de la sociedad civil constituyen los elementos primarios que, a través de la acción de las clases sociales, marcan condiciones y modifican la estructura estatal. Esto no significa que Gramsci rompa con el materialismo histórico, por el contrario, sostiene la tesis de que el Estado moderno existe a condición de la expropiación efectuada por la burguesía decidida a despojar al conjunto de la sociedad civil del poder político que la misma sociedad había incubado, en sus instituciones localistas: ayuntamientos, ciudades libres, gremios, estamentos, cofradías, así como el vasto complejo de instituciones más o menos autónomas que florecieron, por ejemplo, durante la feudalidad. En consecuencia, la aportación gramsciana radica en haber mostrado cómo al interior de la misma vida económica se desata una intensa lucha de ideas indispensables para mantener el funcionamiento del amplio complejo de relaciones sociales necesario para la producción y la reproducción de la vida. En suma, esta perspectiva reconoce la materialidad económica y social de la sociedad civil, a condición de señalar que no se trata de un conjunto de instancias inertes que en todo caso constituyen el soporte material mediante el cual los hombres intercambian sus mercancías.

5. Sociedad civil y dinámica regional

Distante de las interpretaciones mecanicistas sobre la sociedad civil, que fácilmente simplificaban la cuestión, señalando que la sociedad civil era espacio y territorio reservado a las prácticas económicas inertes, la perspectiva gramsciana propondrá una alternativa conceptual más acabada. Puede desarrollarse el punto de vista del teórico comunista, a partir de la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que una entidad

distinta a la política (sociedad civil) pueda servir de soporte, sustento e incluso determinar la superestructura política, ideológica y jurídica? Puede intentarse responder esta cuestión si se reconoce que para Gramsci el poder político burgués proviene de la expropiación del poder preexistente en la sociedad civil precapitalista, y que, ya instalada la dominación burguesa, ésta fundamenta su hegemonía mediante la acumulación permanente de relaciones de poder, que una y otra vez recoge de los poros de la sociedad civil.¹³ Los escritos de Gramsci, empeñados en descifrar las transformaciones industriales más relevantes de la época, permiten proponer la reflexión siguiente: el acelerado intercambio mercantil, las instituciones económicas, la compra y venta de la fuerza de trabajo y, en general, todo el proceso productivo, no están compuestos por autómatas; por ello, no supone la concurrencia automática de las mercancías; por el contrario, todo el movimiento económico es impensable si se prescinde del conjunto de instituciones y prácticas sociales y culturales que le posibilitan y le dan cohesión.¹⁴ Tanto en la feudalidad como en el capitalismo, la estructura productiva, enraizada en la sociedad civil, implica necesariamente que para el funcionamiento de herramientas, máquinas —elementales o avanzadas—, vías de comunicación, instituciones de salud, deban de existir asociaciones, gremios, estamentos, sociedades de profesionistas, agrupaciones sindicales, mediante las cuales se organizan los trabajadores que disponen de mayor o menor destreza intelectual. Pero para la producción de hombres dispuestos para el trabajo, para su entrenamiento y para su calificación conviene la existencia de cierta estructura familiar, de instituciones orientadas a la enseñanza de creencias culturales y religiosas, etc. Todo esto se encuentra asentando en unidades territoriales precisas.¹⁵ En estas condiciones puede observarse una conceptualización de la sociedad civil redimensionada por la significación

¹³ Gramsci a raíz de la experiencia consejista desarrolló ampliamente sus reflexiones sobre lo que posteriormente conceptualizaría como contradicción entre sociedad civil y sociedad política; para la experiencia consejista: A. Gramsci, *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, Tuñín, OAG, Einaudi, 1975.

¹⁴ En "Americanismo y fordismo", Gramsci mostró el cúmulo de transformaciones en la sociedad civil y en la relación de ésta con el Estado, que implicó el cambio en la principal actividad productiva del capitalismo norteamericano de los años veinte: la industria automotriz. Ciertamente la riqueza de la investigación gramsciana radica en el hecho de que logró mostrar las modificaciones de la subjetividad, así como el carácter de estas modificaciones, pues son indispensables para la reconversión de la estructura productiva. A. Gramsci, "Americanismo y fordismo", en *Obras de Antonio Gramsci*, t. 1, México, J. Pablos Ed., 1975. El estudio de Coriat replantea la actualidad de las reflexiones gramscianas a propósito del fordismo; cfr. B. Coriat, *El taller y el cronómetro*, cap. IV, México, Siglo XXI, 1989.

¹⁵ Para explicar la importancia del concepto de sociedad civil, siempre vinculado a

que le imprimen las determinaciones culturales, ideológicas y políticas, pues la politicidad deja rápidamente su impronta en tanto que el uso de una técnica —cualquiera que sea: agrícola, vinícola, textil, comercial, etc.— implica una lucha de ideas, que presuponen la existencia de grupos y asociaciones decididas a defenderlas y, llegado el caso, a imponerlas mediante la fuerza o la legislación, escrita o consuetudinaria. Para ejemplificar lo anteriormente señalado, conviene mencionar las siguientes polémicas: en torno al préstamo usurario; sobre el destino de los bosques y aguas comunales; la disputa a propósito de los fines de la sexualidad; sobre las vías marítimas; sobre las teorías astronómicas de Galileo; las dos últimas cuestiones relacionadas inicialmente con preocupaciones de orden marítimo y comercial. Estas disputas históricas hacen evidente cómo, en su desenvolvimiento, se mezclaron componentes de orden cultural, científico, comercial, religioso y, por supuesto, políticos y estatales. Por ello, respondiendo a la cuestión inicialmente planteada, puede afirmarse que el tránsito fluido entre la sociedad civil y la sociedad específicamente política es posible porque el fundamento de las instituciones jurídicas, ideológicas y políticas se encuentran en las prácticas suscitadas a raíz del intercambio cotidiano. En consecuencia, la tesis gramsciana establece una distinción entre los conceptos sociedad civil y sociedad política, y la realidad a la que éstos se refieren, en razón de las funciones o de los niveles a que aluden, pero no porque se trate de entidades cuya materialidad histórica y social sea radicalmente distinta.

El fundamento sustancial de la conexión entre la sociedad civil y la política puede localizarse mediante la investigación histórica, a propósito de la formación del Estado. En efecto, la investigación histórica, etnológica y antropológica permite palpar cómo la conformación estatal se incubó en el seno mismo de la sociedad civil, donde surgieron, originariamente, las instituciones que darían base al poder del gobierno del Estado. En relación con esta problemática, lo que se observa es el largo proceso mediante el cual lentamente ocurre una separación de la política y de las instituciones políticas, que paradójicamente se formaron al interior de la sociedad civil. Para decirlo en términos clásicos, se trata de la expropiación que sufre la sociedad civil al perder el poder

territorios específicos, conviene recordar que, para Gramsci, la distinción entre una estrategia revolucionaria para Oriente y otra para Occidente, parte del reconocimiento del desarrollo diferente de la sociedad civil en estas regiones europeas. Véase P. Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1981, pp. 19-73. v.v.a.a., *Revolución y democracia en Gramsci*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1981, pp. 39-58. C.N. Coutinho, *Introducción a Gramsci*, México, Era, 1986, pp. 130-147.

político que ella misma generó y que, paulatinamente, se convirtió en el conjunto de instituciones sólidas y consistentes que dan lugar al Estado.¹⁶ Sin embargo, es necesario destacar el carácter renovado y la actualidad de este proceso que hoy se manifiesta como el irresistible ascenso de la burocracia gubernamental; en tanto que el Estado, el gobierno y sus agentes burocráticos sólo pueden existir y justificar su funcionamiento a partir del despojo que realizan ubicuamente a expensas de las prácticas generadas en la sociedad civil.¹⁷

Gramsci percibió, claramente, cómo para la teoría política de la filosofía de la praxis (materialismo histórico), el grado de resistencia que oponía la sociedad civil, ante el despojo que significaba la consolidación del poder central, daba lugar a la conformación de regiones políticas, pues para Gramsci el elemento que, en definitiva, estructura las regiones es el grado de politicidad mediante el cual se enfrenta a las transformaciones del espacio ocasionadas por la introducción de relaciones capitalistas; reestructuración de los vínculos políticos y la subordinación al poder central. De esta manera, Gramsci continuó y renovó el planteamiento marxista ya señalado, actualizándolo al esclarecer los mecanismos sociales que favorecen o inhiben la respuesta de la sociedad civil ante las transformaciones económicas, políticas y sociales.

La vida de Gramsci fue marcada por el conocimiento inmediato de la experiencia regional, así como por el peso de los procesos históricos cargados de significación por el impacto que dejan las tendencias a la

¹⁶ Para una perspectiva antropológica, véase: L. Krader, *La formación del Estado*, Barcelona, Ed. Labor, 1972; "Introducción a las notas etnológicas de Marx", en *Nueva Antropología*, núm. 10, México, 1979; "Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico", en *Historia del marxismo*, ya cit., t. 2; "El Estado en la teoría y en la historia", en *Críticas de la Economía Política*, núm. 16/17, México, Ed. El Caballito, 1982. R. Dunayevskaya, "Los 'Cuadernos etnológicos' de Marx", en *Críticas de la Economía Política*, núm. 22/23, México, 1984. R. Peet, "Historical Forms of the Property Relation: a Reconstruction of Marx's Theory", en *Antipode, a Radical Journal of Geography*, vol. 13, number 3, Mass., 1981. C.E. López, *La formación del Estado en la sociedad civil*, México, UAM-I, 1989. M. Tigar/M. Levy, *El derecho y el ascenso del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1977. P. Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1979.

¹⁷ Poulantzas parafraseando la obra teatral de Brecht, sobre el nacionalsocialismo, "La irresistible ascensión de Arturo Ui", tituló un apartado de su libro: "La irresistible ascensión de la administración del Estado"; en esta parte expone, el teórico griego, la manera característica como reacciona el poder político burgués frente a los movimientos populares: despojándolos de su poder para concentrarlo y centralizarlo en los aparatos de gobierno; véase N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1980. Bartra explica, como característica esencial del poder burgués, sus dispositivos destinados a despojar permanentemente a la sociedad civil de su poder; cfr. R. Bartra, *El poder despótico burgués*, México, Era, 1978. Sobre los efectos de la política liberal contemporánea, jerárquica, centralizada y autoritaria, véase R. Dumont, *Un mundo intolerable*, México, Siglo XXI, 1991.

diferenciación territorial. Desde el lenguaje, Gramsci constató la diferencia entre quien nace hablando italiano y quien aprendía inicialmente un dialecto. Además, en razón de su condición insular, descubrió cómo la alianza del capitalismo francés y el de Roma ejercían relaciones colonialistas sobre el sur de Italia y las islas Cerdeña y Sicilia. Podría decirse que, desde el primer aliento, mediante los sentidos básicos, captó su condición de sardo y, en consecuencia, meridional. Puede afirmarse que, en escritos tempranos, ya se advertían reflexiones sobre la frontera interna que dividía a Italia en norte y sur. En efecto, una vez instalado Gramsci en la península, profundizará sus reflexiones sobre la recientemente concluida unificación nacional; apenas habían transcurrido poco más de cuarenta años.¹⁸ Italia había llegado tarde a su consumación como Estado nacional, mediante un proceso que había cohesionado a regiones diversas. La heterogeneidad italiana que hacía de este país una sociedad de múltiples tonalidades regionales, así como las modalidades que asumió el proceso de unificación nacional, según Gramsci, pueden explicarse a partir de los siguientes ejes:

1. Contradicción entre norte y sur.
2. Contradicción entre ciudad y campo.
3. Distinción entre Oriente y Occidente.

El proceso político, que posibilitó la subordinación de los meridionales a los septentrionales y del campo a la ciudad, fue conceptualizado por Gramsci como revolución pasiva. Vale la pena insistir en que este concepto adquiere su dimensión cabal a condición de comprenderlo con el grado de terrenalidad con la que lo planteó Gramsci, ya que no se capta el sentido cabal de dicho aserto teórico si se prescinde de la perspectiva urbana y regional que le da sustento.

El planteamiento sobre la revolución pasiva es un concepto bipolar, y tiene su contraparte en la idea de revolución activa; la bipolaridad conceptual es una característica del sistema teórico gramsciano. La heterogeneidad italiana debía ser explicada, para tal efecto resultaba básico comprender las condiciones en las que se dio la constitución del Estado central, ya que éste, mediante la fuerza del aparato político y militar de dominación, buscaba homogeneizar lo que era desigual. Como se sabe, el proceso de unificación se efectuó en los años 1861-1870, realizándose a través del acuerdo de la burguesía norteña y los terra-

¹⁸ Los escritos tempranos de Gramsci se encuentran reunidos en: A. Gramsci, *Scritti Giovanili, 1914-1918*, Turín, OAG, Einaudi, 1975.

tenientes sureños, contando con la participación más o menos subordinada de la Iglesia católica, además del apoyo de notables intelectuales conservadores. Este bloque dominante excluyó del proceso de unificación nacional al incipiente proletariado manufacturero y a las masas campesinas; con ello impidió el desarrollo de la reforma agraria. Así, el surgimiento del Estado nacional se materializó sin contar con el consenso de las masas populares, sin la realización de un amplio movimiento, que dotara de sentido nacional-popular a la unificación; en lugar de todo esto, lo que ocurrió fue una alianza de élites que, de manera deliberada, dejaron de lado la intervención de las clases subordinadas.¹⁹

6. La relación sociedad civil-región: piedra angular en la explicación política

Conviene ahora señalar los elementos de la teoría gramsciana sobre las relaciones que configuran las regiones, expuestos a lo largo de sus investigaciones sobre la unificación italiana y sobre la coyuntura política nacional e internacional de los años veinte y los años treinta:

Subordinación del sur agrario al norte industrial: una relación contradictoria²⁰

1. El punto de partida geográfico, desde el que arrancó la iniciativa unificadora, se localizó en el Piamonte; en esta unidad territorial se encuentra Turín. En este reino, la nobleza recibió el influjo de las

¹⁹ Para Gramsci lo que define y establece el carácter de un proceso revolucionario, es el grado de intervención, tanto en amplitud, como en profundidad, de la sociedad civil. Véase: A. Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, t. 4, México, Era, 1986, pp. 11-110. M.A. Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 103-124. C. Bucí-Glucksmann, ya cit., pp. 383-403.

²⁰ Lipietz advirtió, con notable visión prospectiva, la subordinación permanente del sur al norte industrial. Mediante sus reflexiones se aprecia claramente la vigencia heurística del planteamiento gramsciano sobre la relación sur-norte. Lipietz planteó el problema de la manera siguiente: "...Tendencialmente, el Sur se encuentra reducido a un papel de proveedor de mano de obra y de materias primas. El control de esos yacimientos fue la tarea esencial de la hegemonía política y militar de los Estados Unidos. Ciertamente, algunos países (en América Latina, en Asia) intentaron adherirse por su cuenta al modelo fordista, al abrigo de poderosas barreras aduanales: fue la 'primera política de substitución de importaciones'. Esta práctica fracasó, por no haber alcanzado los ritmos de crecimiento de la productividad de los países desarrollados, y eso por razones complejas, pero principalmente internas." A. Lipietz, "La mundialización de la crisis general del fordismo: 1967-1984", en *Economía: Teoría y Práctica*, núm. extr. 1, UAM, p. 122.

tendencias capitalistas que procedían de la burguesía austriaca y de la burguesía francesa. Por ello, en el Piamonte se reunieron los elementos capaces de insuflar vida al capitalismo, pues, además de la influencia de la burguesía extranjera, en la región se registraban ciertos avances capitalistas en la manufactura y en la industria incipiente. Estos adelantos, preexistentes en la región, provenían de la época en la que se había vislumbrado cierto desenvolvimiento capitalista, en algunas ciudades italianas como Milán, Génova y Venecia. Todas ellas localizadas en la porción septentrional de la península. Para los intereses capitalistas norteños era indispensable establecer relaciones capitalistas, en tanto que su capacidad productiva rebasaba los estrechos límites septentrionales, que se encontraban señalados por un conjunto de múltiples y diversas prácticas arancelarias, aduaneras, monetarias lingüísticas y culturales. En consecuencia, para la burguesía piamontesa era indispensable ampliar su ámbito de influencia territorial, sus avances manufactureros, industrializadores y la capitalización de la agricultura norteña; exigía barrer las trabas y obstáculos que imponía la feudalidad y el burocratismo que caracterizaba a Roma y a la porción meridional de la península. Este conjunto de fuerzas económicas, políticas y sociales convirtieron al Piamonte, con Turín a la cabeza, en el poder unificador, cuyos agentes privilegiados eran: la nobleza aburguesada, la burguesía industrial y la vinculada a los intereses de la agricultura capitalista, sus políticos, sus diplomáticos, así como el conjunto de recursos necesarios para que estos agentes de la burguesía capitalista cumplieran su objetivo primordial: subordinar a los intereses regionales (septentrionales) a la península entera y a las islas, cumpliendo con la tarea de establecer un ámbito territorial nacional indispensable para dar curso al desarrollo cabal del capitalismo.²¹

²¹ La relación del Estado capitalista con su espacio, con su territorio, es un proceso histórico, y lleno de paradojas, que puede sintetizarse de la manera siguiente: durante el ascenso de la burguesía y su consolidación como clase dominante, el Estado requiere una delimitación territorial y un ejercicio de su soberanía muy preciso y delimitado; en una segunda fase (imperialismo, transnacionales) para el Estado capitalista desarrollado (EUA, Europa Occidental, Japón), la circunscripción territorial resulta un obstáculo que debe ser superado. Por ello, es factible observar crecientes manifestaciones de ruptura con las reglas del derecho internacional, burgués tradicional, imponiéndose, en su lugar, un nuevo derecho, fundado en la fuerza y en la extraterritorialidad, por ejemplo, la subordinación creciente de la ONU a EUA, guerra del Golfo Pérsico, acoso a los países árabes, ejercicios del poder judicial norteamericano más allá de sus fronteras, haciendo caso omiso de acuerdos internacionales previos. Cfr. T. Evers, *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI, 1981. G. Mathias/P. Salama, *El Estado sobredesarrollado*, México, Era, 1986. U. Pipitone, *El capitalismo que cambia*, México, Era, 1989. R. Dumont, *op. cit.* J.L. Orozco, *Razón de Estado, razón de mercado*, México, FCE, 1992.

2. En tanto, en el sur de Italia había prevalecido la influencia dejada por la dominación española, los borbones y luego las relaciones colonialistas que habían implantado los intereses franceses, invertidos en la minería y en la comercialización de productos agrícolas. La Iglesia católica también mantuvo una influencia fundamental en esta porción meridional, ya que su principal fuente de riqueza se encontraba en la propiedad agraria sureña. Como se ve, la economía meridional se orientaba a la industria extractiva y al comercio, en tanto, en el campo prevalecían relaciones señoriales que mantenían al campesino bajo un régimen semiservil. Todo este complejo de relaciones mostraba la debilidad y el atraso con los que el régimen capitalista dejaba su impronta. Por ello, la modernización de estas añejas relaciones sólo podía venir del norte donde, a diferencia del sur, se había logrado articular una sociedad civil plena de instituciones y organismos capaces de albergar la inventiva y la iniciativa que las nuevas relaciones exigían. En estas condiciones, la anticuada nobleza señorial, los terratenientes laicos y eclesiásticos, burócratas, políticos y militares, participaron en el nuevo bloque dominante de manera subordinada; a pesar de que aportaban un aspecto importante al proyecto nacional: una vasta masa de campesinos pacificados y subordinados por la acción eficaz de políticos eclesiásticos, intelectuales y militares. La sociedad civil meridional mostraba en sus poros el atraso que obstaculizaba el curso de las relaciones capitalistas; de ahí la manera subordinada como se integró al nuevo bloque dominante.²²

Urbanización del campo

Ha quedado establecido que uno de los elementos de interpretación, empleado por Gramsci para comprender la coyuntura italiana de su época, fue el desarrollo de las consecuencias que acarreó la revolución pasiva, forma política que asumió la unificación italiana. En efecto, el proceso unificador agudizó las añejas diferencias entre norte y sur. El análisis gramsciano no se conformó con dibujar la herida y cicatriz que denotaban las características del proceso de conformación nacional. Por ello decidió precisar el corazón de cada una de las unidades territoriales que participaron en la conformación del Estado nacional. Estas porciones territoriales giraban en torno a ciudades. Dichas urbes configuraron el epicentro político, económico y social que contribuía a

²² Cfr. "La situación italiana y las tareas del PCI (Tesis de Lyon)", "Algunos temas sobre la cuestión meridional", en A. Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, PyP, núm. 54, México, 1981. A. Gramsci, nota 22, supra.

subordinar al resto de la sociedad, es decir, a la ruralidad italiana. De esta manera, la contradicción entre norte y sur implicaba, necesariamente, la oposición entre campo y ciudad. Esta contradicción histórica fue planteada por Marx en escritos que Gramsci probablemente no pudo conocer.²³ Sin embargo, para la explicación gramsciana, constituye un argumento fundamental el examen entre campo y ciudad, pues todos los antiguos reinos y principados que dieron lugar al Estado nacional, disponían de una capital, es decir de una urbe.²⁴ Las ciudades habían ejercido una relación parasitaria y despótica sobre la ruralidad; sin embargo, la subordinación difícilmente traspasaba los límites de la ciudad capital, del reino o de la República. Una vez establecido el Estado nacional, la dominación que la ciudad impuso al entorno agrario debería cumplir con los objetivos de dominación regional, nacional e incluso internacional.

Probablemente el origen pueblerino de Gramsci le dotó de la sensibilidad que da lugar al asombro, materia prima esencial para el desarrollo del impulso científico. Ciertamente, las urbes que le llamaron la atención eran antiguas, y habían cumplido sus funciones como centros administrativos y burocráticos, pero en el momento en que Gramsci emprendió su análisis las ciudades atravesaban por un proceso de reestructuración territorial y urbana.²⁵ Los cambios territoriales y urbanos correspondían al proceso acelerado de industrialización que se había desatado en las primeras décadas de este siglo en Italia. La industrialización italiana era endeble y sus dificultades estaban relacionadas,

²³ Tanto en *La ideología alemana*, como en los Borradores de 1857, Marx desarrolló sus conclusiones sobre la relación campo-ciudad. Difícilmente Gramsci pudo haber conocido estos trabajos. Por ello, sorprende la riqueza y la originalidad de sus propuestas. Cfr. C. Marx/F. Engels, *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, pp. 13-94. K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI, 1970, vol. 1, México, p. 442.

²⁴ "...Antes de constituir un Estado, Italia estaba dividida —como Maquiavelo y Leopardi habían uno analizado y el otro cantado— en una multitud de pequeños Estados de variable importancia: la Lombardía-Venecia bajo la dominación austriaca, allí donde la república cisalpina (Milán) había formado, bajo Napoleón, una pequeña república de carácter progresista, que estaba bajo la influencia de la Revolución francesa; el Gran Ducado de Toscana; el vasto Estado pontificio (Lacio, Umbria, Marcas y Romaña); el reino de Nápoles, gobernado por los Borbones. La relación de dominación entre ciudades y campo, tal como se estructuró durante el Risorgimento, ejerció, según Gramsci, junto con el posterior sometimiento del sur, 'una influencia determinante sobre el desarrollo de las luchas por la independencia, en una época en la que esa dominación era aún más radical y más coercitiva que hoy'...". M.A. Macciocchi, *op. cit.*, p. 106.

²⁵ Los estudios de Singer sobre las funciones de las ciudades, y la manera como éstas pueden cumplir sucesivamente distintas funciones, han sido expuestas en: P. Singer, *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI, 1986.

2. En tanto, en el sur de Italia había prevalecido la influencia dejada por la dominación española, los borbones y luego las relaciones colonialistas que habían implantado los intereses franceses, invertidos en la minería y en la comercialización de productos agrícolas. La Iglesia católica también mantuvo una influencia fundamental en esta porción meridional, ya que su principal fuente de riqueza se encontraba en la propiedad agraria sureña. Como se ve, la economía meridional se orientaba a la industria extractiva y al comercio, en tanto, en el campo prevalecían relaciones señoriales que mantenían al campesino bajo un régimen semiservil. Todo este complejo de relaciones mostraba la debilidad y el atraso con los que el régimen capitalista dejaba su impronta. Por ello, la modernización de estas añejas relaciones sólo podía venir del norte donde, a diferencia del sur, se había logrado articular una sociedad civil plena de instituciones y organismos capaces de albergar la inventiva y la iniciativa que las nuevas relaciones exigían. En estas condiciones, la anticuada nobleza señorial, los terratenientes laicos y eclesiásticos, burócratas, políticos y militares, participaron en el nuevo bloque dominante de manera subordinada; a pesar de que aportaban un aspecto importante al proyecto nacional: una vasta masa de campesinos pacificados y subordinados por la acción eficaz de políticos eclesiásticos, intelectuales y militares. La sociedad civil meridional mostraba en sus poros el atraso que obstaculizaba el curso de las relaciones capitalistas; de ahí la manera subordinada como se integró al nuevo bloque dominante.²²

Urbanización del campo

Ha quedado establecido que uno de los elementos de interpretación, empleado por Gramsci para comprender la coyuntura italiana de su época, fue el desarrollo de las consecuencias que acarreó la revolución pasiva, forma política que asumió la unificación italiana. En efecto, el proceso unificador agudizó las añejas diferencias entre norte y sur. El análisis gramsciano no se conformó con dibujar la herida y cicatriz que denotaban las características del proceso de conformación nacional. Por ello decidió precisar el corazón de cada una de las unidades territoriales que participaron en la conformación del Estado nacional. Estas porciones territoriales giraban en torno a ciudades. Dichas urbes configuraron el epicentro político, económico y social que contribuía a

²² Cfr. "La situación italiana y las tareas del PCI (Tesis de Lyon)", "Algunos temas sobre la cuestión meridional", en A. Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, PyP, núm. 54, México, 1981. A. Gramsci, nota 22, supra.

subordinar al resto de la sociedad, es decir, a la ruralidad italiana. De esta manera, la contradicción entre norte y sur implicaba, necesariamente, la oposición entre campo y ciudad. Esta contradicción histórica fue planteada por Marx en escritos que Gramsci probablemente no pudo conocer.²³ Sin embargo, para la explicación gramsciana, constituye un argumento fundamental el examen entre campo y ciudad, pues todos los antiguos reinos y principados que dieron lugar al Estado nacional, disponían de una capital, es decir de una urbe.²⁴ Las ciudades habían ejercido una relación parasitaria y despótica sobre la ruralidad; sin embargo, la subordinación difícilmente traspasaba los límites de la ciudad capital, del reino o de la República. Una vez establecido el Estado nacional, la dominación que la ciudad impuso al entorno agrario debería cumplir con los objetivos de dominación regional, nacional e incluso internacional.

Probablemente el origen pueblerino de Gramsci le dotó de la sensibilidad que da lugar al asombro, materia prima esencial para el desarrollo del impulso científico. Ciertamente, las urbes que le llamaron la atención eran antiguas, y habían cumplido sus funciones como centros administrativos y burocráticos, pero en el momento en que Gramsci emprendió su análisis las ciudades atravesaban por un proceso de reestructuración territorial y urbana.²⁵ Los cambios territoriales y urbanos correspondían al proceso acelerado de industrialización que se había desatado en las primeras décadas de este siglo en Italia. La industrialización italiana era endeble y sus dificultades estaban relacionadas,

²³ Tanto en *La ideología alemana*, como en los Borradores de 1857, Marx desarrolló sus conclusiones sobre la relación campo-ciudad. Difícilmente Gramsci pudo haber conocido estos trabajos. Por ello, sorprende la riqueza y la originalidad de sus propuestas. Cfr. C. Marx/F. Engels, *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, pp. 13-94. K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI, 1970, vol. 1, México, p. 442.

²⁴ "...Antes de constituir un Estado, Italia estaba dividida —como Maquiavelo y Leopardi habían uno analizado y el otro cantado— en una multitud de pequeños Estados de variable importancia: la Lombardía-Venecia bajo la dominación austriaca, allí donde la república cisalpina (Milán) había formado, bajo Napoleón, una pequeña república de carácter progresista, que estaba bajo la influencia de la Revolución francesa; el Gran Ducado de Toscana; el vasto Estado pontificio (Lacio, Umbria, Marcas y Romaña); el reino de Nápoles, gobernado por los Borbones. La relación de dominación entre ciudades y campo, tal como se estructuró durante el Risorgimento, ejerció, según Gramsci, junto con el posterior sometimiento del sur, 'una influencia determinante sobre el desarrollo de las luchas por la independencia, en una época en la que esa dominación era aún más radical y más coercitiva que hoy...'. M.A. Macciocchi, *op. cit.*, p. 106.

²⁵ Los estudios de Singer sobre las funciones de las ciudades, y la manera como éstas pueden cumplir sucesivamente distintas funciones, han sido expuestas en: P. Singer, *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI, 1986.

en buena medida, con el atraso observable en una estructura agraria que conservaba múltiples signos precapitalistas. Estos rasgos no permanecían constreñidos al ámbito agrario, dejaban rápidamente sus huellas en el rostro de las ciudades que intentaban ser modernas e industriales. La industrialización pagaba cierto tributo al proceso creciente de su pediatización del campo a la ciudad. Por ello, las ciudades quedaban convertidas en lugares de hacinamiento de numerosos desempleados, vendedores ambulantes, ociosos y todas las formas imaginables en las que podía metamorfosarse un campesino expulsado, por la fuerza de la compulsión económica, a la ciudad. La fragilidad de la urbanización capitalista se percibía al reconocer que las famosas cien ciudades italianas albergaban, al interior de su enclenque estructura urbana, múltiples rasgos de la vida agraria; en Palermo y en Roma se repetía la historia de Nápoles; esta última ciudad aparecía formalmente como industrial; no obstante, sólo una mínima proporción de la población económicamente activa se dedicaba a la industria, el resto se ocupaba en una serie de actividades, como las que ha descrito Roberts para el caso de las ciudades latinoamericanas que, sin duda, se convierten en ciudades de campesinos. Gramsci ilustró el caos y el parasitismo de las cien ciudades italianas, valiéndose de la conseja popular: “cuando un caballo caga cien gorriones se alimentan”.²⁶

Gramsci mantuvo su mirada atenta a la función política de las transformaciones urbanas; resultaba urgente descifrar el complejo proceso mediante el cual se consolidaba el fascismo. Para el teórico comunista, el fascismo es un fenómeno social, esencialmente urbano, no es, en manera alguna, un hecho que mantenga su matriz en el mundo agrario. De ahí que mediante su análisis de la función política que desempeñan las unidades urbano-regionales, obtendrá la conclusión de que el fascismo es un hecho histórico, esencialmente urbano, en tanto que el capital monopolista encuentra, en la pequeña burguesía urbana, los agentes indispensables para realizar sus propósitos de destrucción de las fuerzas proletarias. Además, Gramsci advirtió cómo los intelectuales urbanos fueron utilizados para mantener la contradicción entre norte y sur. La producción ideológica de los intelectuales urbanos justificó y reforzó la idea de los ciudadanos que vieron en los campesinos y en los jornaleros agrícolas, provenientes generalmente del sur, seres inferiores y decadentes. Esta perspectiva prestó valiosos servicios al fascismo, que se

²⁶ A. Gramsci, “Americanismo...”, *op. cit.*, p. 284. Gramsci logró captar los principales aspectos de la urbanización en las sociedades subdesarrolladas. Un estudio sobre la urbanización en este tipo de sociedades confirma los planteamientos gramscianos. Véase, B. Roberts, *Ciudades de campesinos*, México, Siglo XXI, 1980.

valió tanto de los prejuicios antiagrarristas, como antiurbanistas para mantener divididos a los obreros y a los campesinos, así como para asegurar el aislamiento, la supeditación y la agresividad de la pequeña burguesía, opuesta tanto a obreros como a campesinos.²⁷

Gramsci inició el examen de la función de las ciudades, partiendo de Milán. Esta es la verdadera capital de Italia, en tanto que albergaba el conjunto de instituciones encargadas de hacer funcionar el complejo sistema de relaciones que requiere el capital financiero: bancos, casas de bolsa, etc. Además esta ciudad estaba fuertemente relacionada con Génova e influyó en las características de la industrialización ocurrida en Turín. Esta última ciudad constituía la capital de una extensa región en la que se había establecido la industria más moderna de la época (industria automotriz); un proletariado activo y bien organizado, tal vez menos numeroso que el milanés, pero con un grado de desarrollo político superior al del resto de los trabajadores urbanos. Turín, en ese momento, era una ciudad-fábrica, cuya clase obrera había logrado construir alianzas políticas con el proletariado agrícola, lo que le permitió constituir importantes organizaciones regionales. La rica estructura organizativa de los trabajadores turineses logró articular una amplia organización tanto de trabajadores del campo, como de la ciudad, dando paso al movimiento de los consejos. Se trataba de una ciudad revolucionaria integrada por la alianza de los intereses burocráticos, por las masas pauperizadas, por la pequeña burguesía, todos subordinados, de una u otra manera, a los intereses del capital monopolista. En Florencia se habían concentrado buen número de periódicos y otros medios de difusión cultural conservadores. En esta ciudad, como en Nápoles, Bari y Palermo, la intelectualidad conservadora había puesto los cimientos de sus empresas culturales: revistas, seminarios, diarios, casas editoriales, etc. La producción de los grandes intelectuales tradicionales circulaba en todos estos medios. Con mirada aguda, Gramsci observó la función de esta producción: los intelectuales construyeron el consenso indispensable para la subordinación del sur al norte, así como la supeditación de los trabajadores industriales septentrionales a los intereses de la burguesía. Vale la pena recordar que, durante largos años, el sur fue considerado el polvorín de Italia; la labor de anarquistas y jacobinos cuestionaba práctica y literariamente (panfletos, proclamas) el proyecto nacional burgués, pues estos revolucionarios proponían alternativas

²⁷ Para la cuestión del fascismo, cfr. A. Gramsci, *Sobre el fascismo*, México, Era, 1979; *La construcción del Partido Comunista, 1923-1926*, Turín, OAG, Einaudi, 1978. N. Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1970. J. Fuentes Morua, "Consideraciones sobre el fascismo agrario", en *Itzapalapa*, núm. 23, UAM-I, México, 1991.

anticlericales y antiseñoriales, y luego antiburguesas que no sólo quedaron en el papel, ya que lograron desatar procesos insurreccionales de envergadura considerable: Nápoles en 1799, Palermo en 1820-1821, Messina y Sicilia en 1847 y Sicilia y Nápoles en 1847-1848. La intelectualidad liberal sirvió al proyecto de la revolución pasiva en tanto que criticó y difundió su propuesta ampliamente, aislando y debilitando la influencia de las ideas jacobinas y anarquistas. Roma fue descrita como el centro de la actividad burocrática parasitaria. En esta ciudad se encontraban los centros de mando de militares y burócratas, casi todos de origen meridional. Además, en Roma se localizaba el Vaticano, donde se alberga la dirección de la poderosa estructura burocrática de la Iglesia católica; por ello, en esta ciudad se reúnen los representantes de la burocracia tradicional, laica y eclesiástica, sin cuya intervención sería impensable ni la unificación italiana, ni el fascismo. No obstante, Gramsci siempre tuvo presente que la fuerza motriz burguesa se encontraba en Milán; así como el corazón del proyecto proletario (alianza obrero-campesina) se localizaba en Turín.²⁸

Oriente y Occidente

Ciertamente Gramsci se valió de numerosas disciplinas (geografía, historia, economía, etnología, antropología, literatura, política, etc.) para interpretar la realidad italiana; sin embargo, conviene no olvidar que su interés principal no fue el académico, sino el revolucionario. El cumplimiento de las tareas políticas y revolucionarias alentó los estudios exhaustivos de este político comunista que pudo observar el ascenso y triunfo de la Revolución de Octubre, así como el fracaso y la derrota de los intentos revolucionarios en Alemania, Hungría, Italia y, en general, en Europa Occidental. Estas derrotas, lejos de desanimar sus investigaciones, sirvieron de acicate para indagar cuáles fueron las determinaciones que condujeron en un caso a la derrota, y en otro al triunfo.

Al examinar el tipo de guerra que libraron los bolcheviques para alcanzar el poder, Gramsci advirtió que éstos habían empleado un estilo militar que definió como guerra de movimientos, que se fundaba

²⁸ Para conocer los puntos de vista de Gramsci sobre la relación entre ciudades, regiones y Estado nacional, véase: "Il problema di Milano", en A. Gramsci, *La costruzione...*, ya cit., pp. 7-10; "Torino e l'Italia", "La relazione Tasca e il Congresso camerale di Torino", en *L'Ordine Nuovo*, ya cit., pp. 105-107 y p. 127-131, respectivamente; "El movimiento de los consejos de fábrica de Turín", en *Escritos políticos*, ya cit., pp. 116-125. J. Fuentes Morua, *Política y región*, ya cit., "Las principales ciudades y su lugar en la sociedad italiana". C. Buci-Glucksmann, *op. cit.*, pp. 157-160.

principalmente en la insurrección violenta y en la toma de los aparatos de dominación, es decir, de la estructura gubernamental en sentido estricto. Esta vía la intentaron, en algunos lugares, los revolucionarios europeo-occidentales, sin embargo, llevó al fracaso. Gramsci para explicar esta derrota, en Europa Occidental, desarrolló la argumentación siguiente.

Europa Occidental es distinta a Europa Oriental; este razonamiento, por lo demás obvio, implica una amplia problemática política. El análisis gramsciano, desarrollado antes de su encarcelamiento, le permitió apreciar la riqueza de la sociedad civil italiana. Antiguas instituciones, principados, ciudades libres, la Iglesia católica, etc., una amplia y variada gama de instituciones enriquecían a una sociedad civil, que durante largos siglos mostró su poderío frente a los aparatos políticos gubernamentales que caracterizan al Estado moderno. Por ello, a diferencia de lo sucedido en Europa Oriental, en Europa Occidental el poder y la dirección política descansaban en la hegemonía que irradiaba el bloque dominante, a través de la prolija red de relaciones sociales construidas mediante instituciones de todo tipo, alojadas en la sociedad civil. En consecuencia, la táctica política que propone Gramsci para Occidente, la denominó guerra de posiciones, es decir, la lucha al interior de la compleja red de fortificaciones, trincheras y casamatas que dan vida a la sociedad civil.

Como puede advertirse, la distinción entre Europa Occidental y Europa Oriental descansa en un razonamiento que, de nueva cuenta, hace concluir elementos geográficos y territoriales, como sustento de la armazón que caracteriza a la sociedad civil en uno y otro lugar, ya que en Europa Oriental la sociedad civil nunca alcanzó, en opinión de Gramsci, la riqueza que se logró en Occidente. Este planteamiento estratégico y táctico, muestra la manera como articuló, en su argumentación, diferentes niveles de análisis:

1. Urbano-regional.
2. Regional-nacional.
3. Nacional-internacional.

La tarea de los revolucionarios italianos consistiría en abolir la contradicción entre norte y sur, y entre campo y ciudad, mediante el establecimiento de la alianza obrero-campesina. Para tal efecto era indispensable dar la lucha en la intrincada red de conexiones políticas de la sociedad civil en Occidente. En consecuencia, puede afirmarse que todo el examen gramsciano está presidido por la convicción de la prominencia de las

tareas políticas a condición de que éstas puedan ajustar su práctica a las condiciones que imponen las infinitas mediaciones que dan sustento a la sociedad civil occidental.²⁹

7. Balance provisional

1. El pensamiento marxista ha desarrollado propuestas para el examen de la problemática regional y nacional. Dichos planteamientos pueden localizarse tanto en los escritos de los fundadores del materialismo histórico, como en las elaboraciones de los investigadores contemporáneos.

2. Contar con las propuestas, anteriormente señaladas, es importante, ya que como se sabe, la problemática regional en los últimos años ha adquirido nueva significación y relevancia.

3. Los escritos de Gramsci proporcionan orientaciones teóricas y metodológicas valiosas para el conocimiento y la explicación de los procesos regionales.

4. Gramsci reconoció el carácter móvil e inestable de las regiones. Explicó cómo esta inestabilidad está determinada por la manera como se articula en la sociedad civil el impulso capitalista.

5. Las clases sociales responden de acuerdo con el grado de avance y desenvolvimiento que tiene la sociedad civil. De ahí que el proceso regionalizador es determinado, en buena proporción, por la forma en la que se entrelazan sociedad civil y relaciones capitalistas.

6. La dicotomía gramsciana entre sociedad política y sociedad civil plantea una clave heurística importante para interpretar los movimientos regionalistas que se oponen al centralismo político, tan frecuente en los países atrasados.

7. Los movimientos de emancipación regional pretenden imponer un dique al poder gubernamental que, valiéndose de numerosas maniobras, impide la expresión política autónoma de la sociedad civil.

8. Las luchas regionales pueden explicarse a partir del choque y del

²⁹ El derrumbe de la Unión Soviética y de los países de Europa Oriental, así como el resurgimiento de movimientos nacionalistas y regionalistas, de nueva cuenta han puesto, en la mesa de la discusión política y científica, la cuestión de las diferencias entre Oriente y Occidente. Además de los títulos incluidos en la nota 17 de este trabajo, véase también: C. Buciglucksmann, *op. cit.*, pp. 295-364. También M.L. Salvadori, nota 8 de este trabajo. El lector podrá valorar la utilidad heurística de la reflexión gramsciana, a propósito de la distinción entre Oriente y Occidente, sobre todo si se considera esta cuestión a propósito de los acontecimientos ocurridos en lo que fue la Unión Soviética y Europa Oriental.

antagonismo entre la sociedad civil y las instancias del poder central. Esta perspectiva aparece una y otra vez en los análisis gramscianos.

9. El examen histórico de la evolución del pensamiento marxista, sobre la cuestión nacional, popular y regional, permite comprender que Gramsci tuvo la inteligencia suficiente para profundizar y sintetizar la producción científica que le antecedió.

10. Con base en lo expuesto anteriormente, es posible pensar en la región como un complejo articulado, siempre en movimiento, por ello muy lejano de cualquier caracterización estática; dichos elementos podrían resumirse de la siguiente manera: a) determinaciones geográficas de carácter físico; b) raza, mestizaje y cultura; c) clases sociales; d) estructura política, social, económica y desarrollo tecnológico; e) especificidad de la relación centro-periferia, este vínculo debe pensarse desde el ángulo de las relaciones políticas y económicas, tanto nacionales como internacionales.